

SPINOZA: ¿LA RAZON CONTRA LOS AFECTOS?\*

Antonio Pérez

---

\* Conferencia pronunciada en la Pontificia Universidad Católica del Perú, noviembre 1992.



## I. UNA ETICA Y NO UNA SATIRA

Decir que la razón está contra los afectos es una mala descripción de la filosofía de Spinoza. En primer lugar, porque nos hace pensar que la razón es buena mientras que los efectos son malos y deben ser destruidos. Pero esto no es totalmente cierto, pues si bien la razón es siempre buena, o sea nos hace libres y nos permite llegar a ser felices, no todos los afectos son malos: hay afectos que son buenos para nosotros porque aumentan nuestra potencia de obrar, y a estos afectos los llama Spinoza alegrías. Pero incluso los afectos que disminuyen nuestra potencia, o tristezas, tienen algo de positivo: indican el efecto de un cuerpo exterior sobre el nuestro, y aunque no expresan ni la esencia de nuestro cuerpo ni la del cuerpo exterior sino que son ideas inadecuadas o imaginaciones, tanto los afectos malos como los buenos son, como veremos, el punto de partida de nuestra liberación.

En segundo lugar, decir que la razón combate los afectos nos hace pensar que los afectos son sólo pasiones que se refieren principalmente al cuerpo mientras que la razón expresa una acción del alma. Nuevamente esto es sólo parcialmente cierto: la razón en efecto es una acción del alma, es un conjunto de ideas adecuadas que se explican por nuestra sola potencia de pensar. Pero las acciones del alma son afectos al igual que las pasiones, y se diferencian de éstas sólo porque las acciones son afectos que se explican por la sola potencia de nuestra alma, mientras que de las pasiones sólo somos causa parcial.

Además, se considera que las acciones y pasiones del cuerpo están en relación inversa a las acciones y pasiones del alma, es decir que cuando el cuerpo actúa el alma es pasiva y que cuando el cuerpo es pasivo el alma es activa. Pero Spinoza afirma que la relación es directa, pues el alma no es más

que la idea del cuerpo y entonces todo lo que expresa una potencia o perfección en el cuerpo expresa lo mismo del alma. Claro que esto no quiere decir en Spinoza que haya una relación causal entre el cuerpo y el alma, sino que lo que Dios produce en un atributo lo produce también en los otros atributos en el mismo orden y conexión. Esto significa que el cuerpo tiene una potencia propia que se explica por su sola constitución en el atributo extensión, pero significa también que el alma, en tanto es una idea o un conjunto de ideas no tiene ningún poder sobre el cuerpo, y viceversa.

Esto nos lleva a un tercer y último punto en el que se ve que es inadecuado afirmar que en Spinoza la razón combate directamente a los afectos. La razón en tanto es una idea no tiene ningún poder directo sobre los afectos del cuerpo. Esto nos lo enseña en primer lugar la experiencia, por la cual sabemos que aunque vemos con claridad lo que es mejor para nosotros no podemos evitar hacer lo que es peor. Es cierto que podemos considerar la voluntad como ayuda de la razón en contra de las pasiones, pero Spinoza piensa que no existe una voluntad libre sino sólo voliciones particulares que son la afirmación implícita en una idea, y que en tanto idea ni es libre ni tiene tampoco ningún poder sobre los afectos.

Si a estos malentendidos sobre los afectos y sobre la razón le aumentamos que los filósofos, según dice Spinoza, consideran al hombre como un imperio dentro del imperio de la naturaleza, es decir, consideran que el hombre tiene una potestad absoluta sobre sus afectos y además creen que los afectos son algún vicio o imperfección en la que caen los hombres por su culpa, entenderemos por qué en vez de una ética han escrito por lo general más bien una sátira. Como dice Spinoza, estos filósofos “suelen reírse o quejarse de los hombres o (quienes quieren aparecer más santos) detestarlos. Y así, creen hacer una obra divina y alcanzar la cumbre de la sabiduría, cuando han aprendido a alabar, de diversas formas, una naturaleza humana que no existe en parte alguna y a vituperar con sus dichos la que realmente existe. En efecto, conciben a los hombres no como son, sino como ellos quisieran que fueran.” (TP, I, 1).

Pero el hombre, piensa Spinoza, es una parte de la naturaleza y del mismo poder de Dios, y por consiguiente los afectos que se siguen necesariamente de su esencia expresan ese poder de cierta y determinada manera. Así también el frío y el calor, la tempestad y la calma, son propiedades de la esencia del aire, y a nadie razonable se le ocurre deplorarlos ni considerarlos vicios o imperfecciones, sino que intentamos más bien comprenderlos.

Igualmente debemos esforzarnos por comprender la naturaleza de nuestros afectos, para tenerlos en nuestro poder y usar de ellos para llegar a ser libres y conseguir nuestra felicidad.

## II. QUE SON LOS AFECTOS

### a. *La servidumbre*

Los afectos son propiedades de la esencia de las cosas, que explican el poder que tienen para conservarse. De este poder de conservarse o *conatus* nacen los tres afectos básicos. El deseo es la esencia misma del hombre, en tanto la consideramos determinada por una afección que se da en ella. La alegría es el paso del hombre a una mayor perfección y la tristeza es el paso a una menor perfección.

Todos los otros afectos del hombre (Spinoza define en la *Ética* por lo menos 48 afectos) son producto de una combinación de estos tres afectos básicos.

Por ejemplo, el amor es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior y el odio es una tristeza acompañada por la idea de una causa exterior. La esperanza es una alegría inconstante que brota de la idea de una cosa futura o pasada de cuya efectividad dudamos de algún modo. El miedo es una tristeza inconstante. La frustración es un deseo o apetito de poseer una cosa, alentado por el recuerdo de otras que excluyen la existencia de las cosas apetecidas, y así sucesivamente.

Como vemos, no todos los afectos son malos. La alegría es un aumento de nuestra potencia y nadie sino un envidioso puede querer eliminar nuestras alegrías. En este sentido entonces, la razón no sólo no combate, sino más bien promueve, que el hombre sea afectado de alegría y se una a lo que ama. La tristeza en cambio es en general mala, y sólo respecto a ella y a todos los afectos que se siguen de ella, podemos encontrar en Spinoza la tradicional lucha de la razón contra los afectos.

Pero la alegría misma en tanto es una pasión o afecto pasivo, puede también ser mala. Pues como no depende sólo de nuestro poder, nos arrastra de un lado a otro.

El principal problema con los afectos pasivos es justamente que, al ser causados parcialmente por un cuerpo exterior, producen imágenes que no explican adecuadamente ni nuestra esencia ni la del cuerpo exterior. Por eso, cualquier cosa puede ser por accidente causa de nuestras pasiones (III, 15 ). Aunque una cosa no sea la causa eficiente de una alegría o de una tristeza amaremos u odiaremos lo que se asemeja a esa cosa. Así se explica que podamos amar y odiar a la vez una misma cosa, lo que Spinoza llama una “fluctuación del ánimo” (III , 17, escolio).

Estas fluctuaciones se producen también porque el cuerpo del hombre está compuesto de muchas partes, cada una de las cuales es afectada de manera diferente por un mismo cuerpo. Asimismo porque imaginamos cosas pasadas o futuras y porque imitamos los afectos de las cosas que amamos.

De tal manera que “es evidente que nosotros somos movidos de muchas maneras por las causas exteriores y que, semejantes a las olas del mar agitadas por vientos contrarios, nos balanceamos ignorantes de nuestro destino y del futuro acontecer” (*id*, 59, esc.).

Mientras no tengamos sino ideas inadecuadas tenemos afectos que surgen de encuentros fortuitos entre nuestro cuerpo y los otros cuerpos que aumentan o disminuyen nuestra potencia de obrar. La esclavitud o servidumbre consiste justamente en esto: “Llamo servidumbre a la impotencia humana para moderar o reprimir sus afectos, pues el hombre sometido a los afectos no es independiente, sino que está bajo la jurisdicción de la fortuna, cuyo poder sobre él llega hasta tal punto que a menudo se siente obligado, aún viendo lo que es mejor para él, a hacer lo que es peor”. (*id*, IV, pref.).

Pero estos afectos, aunque son todas pasiones, se diferencian ya en que unos son pasiones tristes y otras pasiones alegres. El primer esfuerzo de la razón, que es una parte de la naturaleza, será buscar el máximo de pasiones alegres que aumentan nuestra potencia de obrar y apartar las pasiones tristes que la disminuyen.

### *b. La razón*

La razón busca entonces liberarnos de las pasiones. En tanto el hombre usa de la razón (en tanto tiene ideas adecuadas) aparta en cuanto puede las pasiones tristes y se esfuerza sobre todo por estar alegre. Pero la razón no

tiene un poder absoluto sobre las pasiones. En tanto el hombre tiene ideas adecuadas, no se esfuerza si no por conocer verdaderamente; pero lo verdadero no suprime lo que de positivo tienen las ideas falsas: “un afecto no puede ser reprimido ni suprimido sino por medio de otro afecto contrario y más fuerte que el que ha de ser reprimido” (II, 7).

Con todo, la razón en cuanto que conoce verdaderamente el bien y el mal, origina en nosotros necesariamente un deseo (*id.* 15. dem.). Y a pesar de que este deseo surge del conocimiento verdadero, en tanto se refiere a cosas pasadas o futuras, contingentes o posibles, puede ser reprimido con cierta facilidad por las cosas presentes y agradables. Aunque la potencia del hombre puede ser superada por la potencia de las otras cosas (*id.* 3 y 4 ) hasta el punto que los afectos queden “pertinazmente adheridos al hombre” (*id.* 6), la razón tiene también, como hemos dicho, un poder sobre las pasiones en la medida en que del conocimiento verdadero surgen deseos que pueden llegar a dominar y dirigir los otros afectos: “Además de aquella alegría y aquel deseo que son pasiones, hay otros afectos de alegría y de deseo que se refieren a nosotros en cuanto obramos” (E, III, 58).

La alegría, en la medida en que es buena, concuerda con la razón y si hemos dicho antes que puede ser mala es sólo porque no nos lleva a concebimos adecuadamente a nosotros mismos y a nuestras acciones (cf, *id.* IV, 59, dem.). Los deseos que nacen de afectos que son pasiones son ciegos porque se refieren a una sola parte del cuerpo y no a todas y por consiguiente no tienen en cuenta la utilidad del hombre entero (*id.* 60). Los deseos, en cambio, que nacen de la razón, no pueden tener exceso (*id.* 61).

“El deseo que se engendra en nosotros en la medida en que obramos, es la esencia o naturaleza misma del hombre, en cuanto concebida como determinada a obrar aquello que se concibe adecuadamente por medio de la sola esencia del hombre; así pues si ese deseo pudiera tener exceso, entonces la naturaleza humana, considerada en sí sola, podría excederse a sí misma” (*id.*, dem.).

Pero, una vez más, porque la razón nos muestre lo que nos es útil, o sea, ser virtuosos o vivir según la razón, no se sigue de ahí que vayamos a guiarnos según su consejo. Por ejemplo, la razón nos dice que debemos unirnos a los demás hombres y formar un Estado: “Cómo puede suceder esto —a saber, que los hombres, sujetos necesariamente a los afectos, inconstantes y volubles, puedan darse garantías y confiar unos en otros— es evidente

porque ningún afecto puede ser reprimido a no ser por un afecto más fuerte que el que se desea reprimir, y contrario a él, y que cada cual se abstiene de inferir un daño a otro, por temor a un daño mayor” (E, IV, 37, esc. 2).

Esta ley es la que permite formar una sociedad, siempre y cuando ésta reivindique para sí el derecho de juzgar acerca del bien y del mal y de establecer una norma común de vida dictando leyes garantizando su cumplimiento “no por medio de la razón, que no puede reprimir los afectos, sino por medio de la coacción” (*id.*).

Sin embargo no es esta ley la que hace a los hombres libres, pues el hombre libre no se guía por el miedo sino que desea positivamente conservar su ser según el dictamen de la razón y por consiguiente sujetarse a las leyes comunes de los hombres y vivir según lo que ordena el Estado (*id.*, 73, dem.).

La virtud del hombre libre no es ni miedo ni nada que tenga que ver con impotencia o imperfección, sino fortaleza del ánimo.

“Refiero a la fortaleza todas las acciones que derivan de los afectos que se remiten al alma en cuanto que entiende, y divido a aquélla en firmeza y generosidad. Por ‘firmeza’ entiendo el deseo por el que cada uno se esfuerza en conservar su ser, en virtud del solo dictamen de la razón. Por ‘generosidad’ entiendo el deseo por el que cada uno se esfuerza, en virtud del solo dictamen de la razón, en ayudar a los demás hombres y en unirse a ellos mediante la amistad” (*id.*, II, 59, esc.).

La libertad no es pues para Spinoza libertad de la voluntad, ni contingencia. “En efecto, la libertad es una virtud o perfección [...] De ahí que no cabe decir que el hombre es libre, porque puede no existir o porque puede no usar de la razón, sino tan sólo en cuanto tiene potestad de existir y de obrar según las leyes de la naturaleza humana” (T.P., II, 7). La libertad para Spinoza no excluye la necesidad, pues no está referida a la voluntad sino al conocimiento y a la fuerza de los deseos que nacen de él.

### III. LA VIRTUD O EL REMEDIO

La virtud no es más que el esfuerzo mismo con que el hombre busca perseverar en su ser. “Por virtud entiendo lo mismo que por potencia; esto es, la virtud, en cuanto referida al hombre, es la misma esencia o naturaleza del

hombre, en cuanto que tiene la potestad de llevar a cabo ciertas cosas que pueden entenderse a través de las solas leyes de su naturaleza” (*id*, IV, def. 8).

Pero siendo el hombre una parte de la naturaleza, está necesariamente sometido a los efectos de las cosas exteriores, que producen en él pasiones que son contrarias entre sí.

Los “remedios” que la razón ofrece para evitar las fluctuaciones del ánimo se encuentran en la Quinta parte de la *Ética*.

“Dado que la potencia del alma se define por la sola capacidad de conocer, los remedios contra los afectos —remedios que todos conocen por experiencia, pero que, según creo, no observan cuidadosamente ni comprenden con distinción— los determinaremos por el solo conocimiento del alma, y de dicho conocimiento deduciremos todo lo que concierne a su felicidad” (*id*, V, pref.).

La “metafísica del remedio” (cf, Wolfson, II, 165) es que a pesar de que el alma es independiente del cuerpo puede llegar a controlar las afecciones del cuerpo.

La justificación es este mismo paralelismo que exige que “así como el orden y conexión de las ideas se produce en el alma siguiendo el orden y concatenación de las afecciones del cuerpo, así también, y viceversa, el orden y conexión de las afecciones del cuerpo se produce según están ordenados y concatenados los pensamientos y las ideas de las cosas en el alma” (E, V, 1, dem.).

Pues el alma es la idea o forma del cuerpo, y así como alma y cuerpo son lo mismo en atributos diferentes, así también el alma y la idea del alma son lo mismo en el mismo atributo (cf, *id*, II, 21, dem.) y no se diferencian más que por razón. Por eso una idea inadecuada que produce un efecto que es una pasión no se diferencia más que por razón de la idea adecuada que nos formamos de ella, y podemos llegar a reemplazar las pasiones por afectos activos en virtud de los cuales decimos que actuamos y podemos llegar a ser libres, o sea, podemos llegar a ser guiados por la razón.

“Un afecto que es una pasión deja de ser pasión tan pronto como nos formamos de él una idea clara y distinta” (*id*, V, 3).

De esto se sigue que tenemos mayor poder sobre nuestros afectos y nuestra alma padece menos por su causa cuanto más los conocemos (*id*, cor.); y como podemos formar una idea clara y distinta de todos nuestros afectos (*id*, 4, cor.) podemos llegar a dominarlos hasta cierto punto. Así pues debemos esforzarnos por conocerlos clara y distintamente.

Además, como el alma tiene el poder de separar los afectos de la idea de una causa exterior y de unirlos a otras ideas que sean verdaderas, la razón nos permite destruir el amor y el odio hacia las causas exteriores y al mismo tiempo las fluctuaciones del ánimo, que hemos mostrado, surgen de esos afectos (*id*, 2). En lo que se refiere especialmente a la relación de los hombres entre sí, “como piensan que son libres, sienten unas por otras un amor o un odio mayores de las que sienten por otras cosas” (*id*, 5; cf. III, 49, esc.). Pero como la razón nos muestra todas las cosas como necesarias, nos permite también aminorar los efectos que éstas producen sobre nosotros (*id*, V, 6).

Por otro lado “un afecto que brota de la razón se refiere necesariamente a las propiedades comunes de las cosas, las cuales consideramos siempre como presentes (pues nada puede haber que excluya su existencia presente), y a las que imaginamos siempre del mismo modo. Tal afecto, por ello, permanece siempre el mismo, y, consiguientemente, los afectos contrarios a él que no sean sostenidos por sus causas exteriores deberán adaptarse a él cada vez más hasta que ya no sean contrarios; y en esa medida, el afecto que nace de la razón es más potente” (*id*, 7, dem.).

Finalmente de lo que se trata es de conseguir afectos activos más poderosos que nuestros afectos pasivos, lo que quiere decir que sean más constantes o frecuentes y por consiguiente ocupen más el alma (*id*, 11-13). En general, un afecto es más fuerte mientras más causas tenga (*id*, 8).

“Un afecto que se remita a muchas causas distintas, consideradas por el alma a la vez que ese afecto, es menos nocivo, influye menos en nosotros, y cada una de sus causas nos afecta menos, que otro afecto de igual magnitud, pero referido a una sola causa, o a un número menor de ellas” (*id*, 9).

Spinoza destaca que estos remedios son más bien preventivos, pues mientras no estemos dominados por afectos contrarios a nuestra naturaleza podremos ordenar las afecciones del cuerpo según el orden del entendimiento (*id*, 10), afectos que de esta manera tienen un mayor poder para reprimir los afectos inciertos y vagos.

“Así pues, lo mejor que podemos hacer mientras no tengamos un perfecto conocimiento de los afectos, es concebir una norma recta de vida, o sea, unos principios seguros, confiarlos a la memoria y aplicarlos continuamente a los casos particulares que se presentan a menudo en la vida, a fin de que, de este modo, nuestra imaginación sea ampliamente afectada por ellos, y estén siempre a nuestro alcance” (*id*, 10, esc.).

Por ejemplo, la razón nos dice que el odio debe ser vencido por el amor. Cuando estemos solos y tranquilos, entonces, debemos imaginar situaciones en las que alguien nos odia y pensar en la mejor manera de oponerle el amor. Así, cuando nos encontremos en la situación real esta idea de la razón estará a nuestro alcance (si la hemos practicado lo suficiente) y permitirá que podamos, hasta cierto punto, vencer a las pasiones que se originan en nosotros pero son ideas inadecuadas.

Pero Spinoza insiste también en que al tratar de vencer a las pasiones no debemos fijarnos en lo que hay de malo en ellas, sino que debemos determinarnos a obrar siempre por la alegría. Así, un ambicioso no debe pensar en lo malo y desagradable que puede haber en la ambición, sino debe pensar por ejemplo en el buen uso que puede hacer de la riqueza que obtenga. “Así pues, quien procura regir sus afectos y apetitos conforme al solo amor por la libertad, se esforzará cuanto pueda en conocer las virtudes y sus causas, y en llenar el ánimo con el gozo que nace del verdadero conocimiento de ellas, pero en modo alguno se aplicará a la consideración de los vicios de los hombres, ni a hacer a éstos de menos, complaciéndose en una falsa apariencia de libertad. Y el que observe y ponga en práctica con diligencia todo esto (lo que no es difícil), podrá sin mucha tardanza dirigir en la mayoría de los casos sus acciones según el imperio de la razón” (*id*).

#### IV. CONCLUSIONES. EL AMOR INTELECTUAL A DIOS

Vemos pues que la razón no mata los afectos, sino que más bien utiliza lo que hay de bueno en ellos, es decir utiliza lo que en ellos aumenta nuestra potencia, de tal manera que podamos huir indirectamente de los afectos malos y sobre todo que podamos ordenarlos según el orden de la razón.

En segundo lugar, este aumento de nuestra potencia nos permite producir ideas adecuadas, que a su vez producen afectos que son activos: sólo deseos o alegrías que se explican por nuestra sola potencia. De estos afectos activos

nacen a su vez otros afectos también activos, que poco a poco reemplazan a las pasiones que nos esclavizan.

Sin embargo, según Spinoza, este no es todavía el nivel más alto al que podemos llegar. La razón, en efecto, o sea el segundo género de conocimiento, produce un amor a Dios, quien es causa de todas las cosas. Este amor a Dios del segundo género es el más constante de los afectos, pues está presente en todos ellos. Pero la razón es impersonal: nos hace conocer todas las cosas, en general, desde una perspectiva de eternidad. Sólo el amor intelectual a Dios, el amor a Dios que surge del tercer género de conocimiento, nos hace conocer cada cosa singular desde la perspectiva de la eternidad, y en primer lugar nuestro propio cuerpo y por consiguiente nuestra propia alma.

Este amor intelectual a Dios es el mismo amor con el que Dios se ama a sí mismo. En el tercer género de conocimiento entonces, conocemos nuestra verdadera esencia que no es más que el amor de Dios, y nos hacemos así verdaderamente libres y sabemos que somos eternos.

#### BIBLIOGRAFIA

- SPINOZA, Baruch de  
1987        Etica, demostrada según el orden geométrico, Alianza Ed., Madrid. Trad. de Vidal Peña.
- SPINOZA, Baruch de  
1986        Tratado Político, Alianza Ed., Madrid. Trad. de Atilano Domínguez.
- WOLFSON, Harry A.  
1969        The Philosophy of Spinoza, Schocken Paperback Ed, Nueva York.